

Steven Runciman

# HISTORIA DE LAS CRUZADAS

Traducción de:  
Germán Bleiber

Alianza Editorial

- Titulo original: *A History of the Crusades*
1. *The First Crusade and the Foundation of the Kingdom of Jerusalem*
  2. *The Kingdom of Jerusalem and the Frankish East. 1100-1187*
  3. *The Kingdom of Acre and the Later Crusades*

Edición en castellano publicada por acuerdo con The Andrew Lownie Literary Agency Ltd  
y Casanovas & Lynch Literary Agency.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© A History of the Crusades I: The First Crusade and the Foundation of the Kingdom of Jerusalem copyright Steven Runciman 1951

© A History of the Crusades II: The Kingdom of Jerusalem and the Frankish East 1100-1187 copyright Steven Runciman 1952

© A History of the Crusades III: The Kingdom of Acre and the Later Crusades copyright Steven Runciman 1954

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-1148-893-8

Depósito Legal: M. 24.565-2024

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# ÍNDICE

## PRIMERA PARTE LA PRIMERA CRUZADA Y LA FUNDACIÓN DEL REINO DE JERUSALÉN

|   |     |
|---|-----|
| ÍNDICE DE MAPAS.....                                | 15  |
| PREFACIO .....                                      | 17  |
| LIBRO I. LOS SANTOS LUGARES DE LA CRISTIANDAD ..... | 21  |
| La abominación del asolamiento .....                | 21  |
| El reinado del Anticristo .....                     | 33  |
| Los peregrinos de Cristo .....                      | 46  |
| Hacia el desastre.....                              | 55  |
| Confusión en Oriente.....                           | 65  |
| LIBRO II. LA PREDICACIÓN DE LA CRUZADA.....         | 76  |
| Santa paz y Guerra santa.....                       | 76  |
| La roca de San Pedro.....                           | 83  |
| El llamamiento .....                                | 92  |
| LIBRO III. EL CAMINO HACIA LAS GUERRAS .....        | 102 |
| La expedición popular.....                          | 102 |
| La Cruzada alemana .....                            | 111 |
| Los príncipes y el Emperador .....                  | 116 |

|   |     |
|---|-----|
| LIBRO IV. LA GUERRA CONTRA LOS TURCOS .....                         | 138 |
| La campaña en Asia Menor .....                                      | 138 |
| Intermedio armenio .....  | 153 |
| Ante las murallas de Antioquía.....                                 | 165 |
| La posesión de Antioquía.....                                       | 182 |
| <br>  |     |
| LIBRO V. LA TIERRA DE PROMISIÓN .....                               | 202 |
| El camino a Jerusalén.....  | 202 |
| El triunfo de la Cruz.....  | 212 |
| «Advocatus Sancti Sepulchri» .....                                  | 219 |
| El reino de Jerusalén .....   | 237 |
| <br>  |     |
| APÉNDICES   |     |
| 1. Fuentes principales para la Historia de la Primera Cruzada ..... | 249 |
| 2. La fuerza numérica de los cruzados .....                         | 257 |
| <br>  |     |
| SEGUNDA PARTE   |     |
| EL REINO DE JERUSALÉN Y EL ORIENTE FRANCO 1100-1187                 |     |
| <br>  |     |
| ÍNDICE DE MAPAS.....  | 267 |
| PREFACIO .....  | 269 |
| <br>  |     |
| LIBRO I. LA FUNDACIÓN DEL REINO .....                               | 271 |
| Ultramar y sus vecinos .....  | 271 |
| Las Cruzadas de 1101 .....  | 281 |
| Los príncipes normandos de Antioquía.....                           | 291 |
| Tolosa y Trípoli .....  | 307 |
| El rey Balduino I.....  | 318 |
| Equilibrio en el norte.....   | 343 |
| <br>  |     |
| LIBRO II. EL CÉNIT .....  | 367 |
| El rey Balduino II .....  | 367 |
| La segunda generación .....   | 398 |
| Las pretensiones del emperador.....                                 | 412 |
| La Caída de Edesa.....  | 426 |
| <br>  |     |
| LIBRO III. LA SEGUNDA CRUZADA.....                                  | 440 |
| La llamada a los reyes .....  | 440 |
| Discordia cristiana .....   | 452 |
| Fracaso.....  | 462 |
| <br>  |     |
| LIBRO IV. CAMBIAN LAS TORNAS .....                                  | 470 |
| La vida en Ultramar .....   | 470 |
| La elevación del Nur ed-Din.....                                    | 494 |
| El regreso del Emperador .....                                      | 508 |
| El señuelo de Egipto .....  | 521 |

|  |     |
|--|-----|
| LIBRO V. EL TRIUNFO DEL ISLAM.....   | 549 |
| La unidad musulmana .....  | 549 |
| Los Cuernos de Hattin.....   | 573 |
|  |     |
| APÉNDICES  |     |
| 1. Fuentes principales para la historia del Oriente latino (1100-1187) ..... | 603 |
| 2. La Batalla de Hattin.....   | 612 |
|  |     |
| <p>TERCERA PARTE<br/>EL REINO DE ACRE Y LAS ÚLTIMAS CRUZADAS</p>             |     |
|  |     |
| ÍNDICE DE MAPAS.....   | 621 |
| PREFACIO .....   | 623 |
|  |     |
| LIBRO I. LA TERCERA CRUZADA .....  | 625 |
| La conciencia de Occidente.....  | 625 |
| Acre .....   | 636 |
| Corazón de León .....  | 648 |
| El segundo reino .....   | 678 |
|  |     |
| LIBRO II. CRUZADAS DESCARRIADAS.....   | 699 |
| La Cruzada contra los cristianos.....  | 699 |
| La quinta Cruzada .....  | 717 |
| El emperador Federico .....  | 745 |
| Anarquía legalizada .....  | 770 |
|  |     |
| LIBRO III. LOS MONGOLES Y LOS MAMELUCOS.....                                 | 791 |
| La aparición de los mongoles .....   | 791 |
| San Luis.....  | 804 |
| Los mongoles en Siria .....  | 830 |
| El sultán Baibars .....  | 846 |
|  |     |
| LIBRO IV. EL FIN DE ULTRAMAR .....   | 871 |
| El comercio de Ultramar .....  | 871 |
| Arquitectura y arte en Ultramar .....  | 882 |
| La caída de Acre.....  | 896 |
|  |     |
| LIBRO V. EPÍLOGO .....   | 923 |
| Las últimas Cruzadas .....   | 923 |
| Conclusiones .....   | 952 |

APÉNDICES

|  |     |
|--|-----|
| 1. Principales fuentes para la historia de las últimas Cruzadas..... | 963 |
| 2. La vida intelectual en Ultramar.....                              | 969 |

|                            |     |
|----------------------------|-----|
| ÁRBOLES GENEALÓGICOS ..... | 973 |
|----------------------------|-----|

BIBLIOGRAFÍA

|                          |      |
|--------------------------|------|
| Fuentes originales ..... | 987  |
| Obras modernas.....      | 1002 |

|                        |      |
|------------------------|------|
| INDICE ALFABÉTICO..... | 1015 |
|------------------------|------|

PARTE PRIMERA

LA PRIMERA CRUZADA  
Y LA FUNDACIÓN DEL REINO  
DE JERUSALÉN





*A mi madre*



## ÍNDICE DE MAPAS

|    |   |     |
|----|---|-----|
| 1. | Alrededores de Constantinopla y Nicea en tiempos de la primera Cruzada..... | 109 |
| 2. | La península de los Balcanes en tiempos de la primera Cruzada .....         | 122 |
| 3. | Asia Menor en tiempos de la primera Cruzada .....                           | 145 |
| 4. | Plano de Antioquía en 1098 .....  | 168 |
| 5. | Siria en tiempos de la primera Cruzada .....                                | 204 |



## PREFACIO

«La Primera Cruzada y la fundación del reino de Jerusalén» pretende ser la parte primera de las tres que abarcarán la historia del movimiento que llamamos «las Cruzadas», desde su comienzo en el siglo XI hasta su ocaso en el XIV, así como de los Estados creados por él en Tierra Santa y en los países vecinos. Espero ofrecer en la segunda parte una historia y una descripción del reino de Jerusalén y de sus relaciones con los pueblos del Oriente Medio y también de las Cruzadas del siglo XII, y en la tercera parte haré la historia del reino de Acre y de las últimas Cruzadas.

Tanto si las consideramos como la más grandiosa y más romántica de las aventuras cristianas o como la última de las invasiones de los bárbaros, las Cruzadas constituyen un hecho central en la historia de la Edad Media. Antes de su iniciación, el centro de nuestra civilización estaba situado en Bizancio y en los países del Califato árabe. Antes de su desaparición, la hegemonía de la civilización se había desplazado a la Europa occidental. De este desplazamiento nació la historia moderna; pero para entenderlo no nos basta con comprender las circunstancias que, en la Europa occidental, dieron origen al impulso de las Cruzadas, sino que, más bien, hay que comprender las circunstancias que, en Oriente, ofrecieron su oportunidad a los cruzados y determinaron su avance y retirada. Nuestra visión tiene que abarcar desde el Atlántico a Mongolia. Narrar la historia únicamente desde el punto de vista de los francos, o del de los árabes, o incluso del de sus principales víctimas, los cristianos de Oriente, equivaldría a ignorar su significación. Porque esto fue, como observa Gibbon, la historia de la «controversia del mundo».

La historia completa de las Cruzadas no se ha narrado con frecuencia en lengua inglesa; ni siquiera ha existido en Inglaterra una escuela historiográfica de tal especialidad. Los capítulos de Gibbon en su *Decline and Fall* merecen aún atención, a pesar de sus prejuicios y de la época en que escribió. Más recientes son el brillante resumen del movimiento debido a Sir Ernest Barker, publicado primeramente en la *Enciclopedia Británica*, y la breve, aunque admirable, historia de los reinos derivados de las Cruzadas de W. B. Stevenson. Sin embargo, la contribución británica está limitada principalmente a algunos artículos eruditos, a la publicación de fuentes orientales y a unas pocas historias de divulgación. Francia y Alemania poseen una tradición más amplia y antigua. Las

grandes historias de las Cruzadas escritas por alemanes se inician con la de Wilken, publicada a principios del siglo XIX. La historia de Von Sybel, cuya primera edición es de 1841, sigue siendo aún de capital importancia; y en el último tercio del siglo, dos excelentes eruditos, Röhricht y Hagenmeyer, no sólo realizaron una inestimable labor de recopilación y crítica de fuentes, sino que también escribieron sendas historias de conjunto. En estos últimos tiempos se ha mantenido viva la tradición alemana gracias a Erdman, autor del exhaustivo estudio sobre los movimientos religiosos occidentales que cristalizarían en las Cruzadas. En Francia, el país del que partió originariamente el mayor número de cruzados, el interés de los eruditos se puso de manifiesto a mediados del siglo XIX con la publicación de las principales fuentes, occidentales, griegas y orientales, en el monumental *Recueil des Historiens des Croisades*. La extensa historia de Michaud ya había empezado a publicarse a partir de 1817. En la segunda mitad del siglo, Riant y sus colaboradores en la Société de l'Orient Latin realizaron un copioso y estimable trabajo. En nuestro siglo, dos distinguidos bizantinistas franceses, Chalandon y Bréhier, fijaron su atención en las Cruzadas; y, poco antes de la Segunda Guerra Mundial, M. Grousset compuso su historia de las Cruzadas, en tres volúmenes, que, fiel a la tradición francesa, ha sabido combinar la amplia preparación científica con el excelente estilo literario y un matiz de patriotismo galo. Hoy en día es, sin embargo, en Estados Unidos donde se halla la más fecunda escuela de historiadores de las Cruzadas, creada por D. C. Munro, cuya, por desgracia, escasa producción escrita podría dar una falsa impresión sobre su importancia docente. Los historiadores americanos han concentrado su atención, hasta ahora, en cuestiones de detalle, y ninguno de ellos ha intentado aún una historia general completa. Pero nos han prometido un volumen de conjunto, en el que habrán de colaborar algunos eruditos extranjeros, y que abarcará todos los aspectos de la historia de las Cruzadas. Lamento que no haya aparecido a tiempo de haber podido beneficiarme de él cuando escribía el presente volumen.

Podría parecer imprudente por parte de una pluma británica el pretender competir con la masa de mecanógrafos de Estados Unidos. Mas de hecho no existe tal competencia. Un autor solo no puede hablar con la alta autoridad de un equipo de expertos, pero le será posible dotar a su obra de coherencia e incluso de un acento épico que ningún volumen hecho a base de varios colaboradores puede alcanzar. Homero, tanto como Heródoto, fue un padre de la Historia, de lo que se percató Gibbon, el más grande de nuestros historiadores; y resulta difícil, pese a ciertas opiniones críticas, creer que Homero fuera un equipo. La historiografía de hoy se encuentra en una época alejandrina, en la que la creación está supeditada al eruditismo. Enfrentado con verdaderas montañas de minucias del saber y atemorizado por la severidad alerta de sus colegas, el historiador moderno se refugia demasiado a menudo en artículos eruditos o en trabajos estrechamente especializados, pequeñas fortalezas fáciles de defender contra un ataque. Su obra puede tener un valor muy notable; sin embargo, no es un fin en sí misma. Yo creo que el deber supremo del historiador es el de escribir historia, es decir, intentar re-

gistrar en una extensa sucesión los hechos y movimientos más importantes que han dominado, con su vaivén, los destinos del hombre. El escritor que sea lo suficientemente temerario para acometer tal intento no debería ser tachado de ambicioso, aunque merezcan censura la insuficiencia de sus materiales y la inanidad de sus resultados.

Mis notas autorizan las afirmaciones que hago, y en mi bibliografía ofrezco una lista de las obras consultadas. Mi deuda es enorme con muchas de ellas, incluso aunque no las cite específicamente en las notas. Los amigos que me han ayudado con críticas y consejos son demasiados para poder enumerarlos aquí.

Es menester una observación sobre la transcripción de nombres. Cuando se trata de nombres que tienen una forma moderna generalmente aceptada, como por ejemplo en Juan o Godofredo o Raimundo, sería pedante el uso de otra forma cualquiera; yo he intentado siempre, por tanto, emplear la forma más familiar y asequible al lector de nivel medio. Para las palabras griegas he usado la transcripción latina tradicional, único medio que permite alcanzar la uniformidad. Los nombres árabes presentan una mayor dificultad. Los puntos y espíritus adoptados por los arabistas dificultan la lectura. Yo los he suprimido, aunque espero que mi sistema no vaya en detrimento de la claridad. En armenio, en que *k* y *g* y *b* y *p* resultan igualmente correctas según la época y el lugar en que se haya usado la palabra, he optado por el equivalente más antiguo. El francés *de* representa un problema permanente en inglés. Excepto cuando la preposición puede considerarse como parte integrante de un apellido, he preferido traducirla siempre.

Finalmente, quisiera agradecer a los síndicos y a la Secretaría de Cambridge University Press su indefectible amabilidad y ayuda.

STEVEN RUNCIMAN  
Londres, 1950

[Las citas de las Escrituras al principio de cada epígrafe se han tomado para la versión española, de la *Sagrada Biblia*, ed. Bover, S. J.-Cantera, B. A. C., 3.<sup>a</sup> edición, Madrid, 1953.

Los nombres propios árabes, sirios, armenios, turcos, etc., se han conservado generalmente con la misma grafía utilizada por el autor.— [N. del T.]





LIBRO I

LOS SANTOS LUGARES  
DE LA CRISTIANDAD

*La abominación del asolamiento*

Cuando viereis, pues, la abominación del asolamiento, anunciada por el profeta Daniel, estar en el lugar santo...

(San Mateo, 24, 15.)

Cierto día de febrero del año 638, el califa Omar entró en Jerusalén, montado en un camello blanco. Iba cubierto de un manto raído y mugriento, y le seguía su ejército, tosco y desgredado; pero su disciplina era perfecta. A su lado estaba el patriarca Sofronio, como principal magistrado de la ciudad rendida. Omar se dirigió en seguida hacia el lugar del Templo de Salomón, desde donde su amigo Mahoma había ascendido a los cielos. Contemplándole allí, el patriarca recordó las palabras de Cristo y murmuró entre lágrimas: «He aquí la abominación del asolamiento, anunciada por el profeta Daniel».

Después, el Califa pidió ver los santuarios de los cristianos. El patriarca le llevó a la iglesia del Santo Sepulcro y le mostró cuanto en ella había. Mientras se hallaban en la iglesia se acercaba la hora de la oración musulmana. El Califa preguntó dónde podría extender su alfombra de rezo. Sofronio le rogó que permaneciera donde estaba; pero Omar se dirigió hacia fuera, al atrio de la Anástasis, temiendo, según dijo, que sus celosos secuaces quisieran reclamar para el islam el lugar en que él había orado. Y así sucedió, en efecto. Los musulmanes tomaron posesión del atrio, pero la iglesia siguió siendo lo que había sido, el más sagrado de los santuarios de la Cristiandad<sup>1</sup>.

Esto se ajustaba a las cláusulas de rendición de la ciudad. El propio Profeta había ordenado que, mientras a los gentiles se les brindara la opción entre convertirse o morir,

<sup>1</sup> Teófanos, ad ann. 6127, p. 333; Eutiquio, *Annales*, col. 1099; Miguel el Sirio, vol. II, pp. 425-6; Elías de Nisibin, p. 64. Un excelente resumen de las fuentes se hallará en Vicent y Abel, *Jérusalem Nouvelle*, vol. II, pp. 930-2.

los pueblos de las Escrituras, cristianos y judíos (a los que, por cortesía, agregaba a los seguidores de Zoroastro), podrían conservar sus lugares de culto y practicarlos sin impedimento, pero no se les permitía aumentarlos, ni llevar armas, ni montar a caballo; y además tendrían que pagar un impuesto especial de capitación, conocido por *jizya*<sup>2</sup>. Sofronio no podía haber esperado mejores condiciones cuando, montado en su asno, iba con un salvoconducto a entrevistarse con el Califa en el monte de los Olivos, después de haberse negado a entregar la ciudad a cualquier otro de menor autoridad. Jerusalén había sido asediada durante más de un año, y los árabes, poco expertos en la táctica de asedio y mal equipados para ello, eran impotentes frente a las fortificaciones recién reparadas. Pero, dentro de la ciudad, las provisiones habían empezado a escasear, y ya no había ninguna esperanza de socorro. El campo estaba en manos de los árabes, y las ciudades de Siria y Palestina habían ido cayendo una tras otra. No había quedado más ejército cristiano próximo que el situado en Egipto, aparte de la guarnición que se mantenía en Cesarea, en la costa, protegida por la flota imperial. Lo más que Sofronio podría obtener del conquistador, además de las condiciones al uso, era que los funcionarios imperiales en la ciudad pudieran retirarse libremente con sus familias y sus bienes muebles a la costa de Cesarea.

Éste fue el último éxito público del patriarca, la trágica culminación de una larga vida entregada al esfuerzo por mantener la ortodoxia y la unidad de la Cristiandad. Siempre, desde su juventud, cuando viajaba por los monasterios de Oriente con su amigo Juan Mosco, reuniendo para su *Prado Espiritual* leyendas e historias de santos, hasta sus años de madurez, cuando el Emperador, cuya política combatía, le nombró para la gran sede de Jerusalén, había luchado resueltamente contra las herejías y el naciente nacionalismo, que, como preveía, acabaría por desmembrar el Imperio. Pero el «defensor de la fe, el de la lengua de miel», como se le llamaba, había predicado y trabajado en vano. La conquista árabe fue una prueba de su fracaso, y pocas semanas después murió con el corazón abrumado de melancolía<sup>3</sup>.

Realmente, ninguna acción humana hubiese podido detener los movimientos destructores en las provincias orientales de Roma. A lo largo de la historia del Imperio romano hubo una lucha sorda entre Oriente y Occidente. Occidente venció en Actio, pero Oriente venció a sus conquistadores. Egipto y Siria eran las provincias más ricas y más populosas del Imperio. Poseían los principales centros industriales; sus barcos y caravanas dominaban el comercio con Oriente; su cultura, tanto espiritual como material, era mucho más elevada que la de Occidente, no sólo por sus largas tradiciones, sino también por el estímulo de la proximidad del único rival que tenía Roma en cuan-

<sup>2</sup> Véase el artículo «Djizya», de Becker, en la *Encyclopaedia of Islam*, y Browne, *The Eclipse of Christianity in Asia*, pp. 29-31

<sup>3</sup> Σωφρόνιος δὲ, ὁ μελίγλωσσος τῆς ἀληθείας; πρόμαχος, en Mansi, *Concilia, Nova Collectio*, vol. X, col. 607. Está ahora establecido que Sofronio el patriarca y Sofronio el amigo de Mosco son la misma persona (véase Usener, *Der Heilige Tychon*, pp. 85-104).

to a su civilización: el reino sasánida de Persia. Se hacía inevitable que la influencia de Oriente fuera en aumento; hasta que, finalmente, el emperador Constantino el Grande adoptó una religión oriental y trasladó su capital hacia Oriente, a Bizancio, en el Bósforo. En el siglo siguiente, cuando el Imperio, debilitado por la decadencia interna, tuvo que hacer frente a la embestida de los bárbaros, el Occidente se vino abajo, pero el Oriente sobrevivió gracias, en gran parte, a la política de Constantino. Mientras se establecían reinos bárbaros en Galia, en España, en África, en la lejana Inglaterra y, finalmente, en Italia, el emperador romano regía las provincias orientales desde Constantinopla. El gobierno de Roma rara vez había sido popular en Siria y en Egipto. El gobierno de Constantinopla se resintió pronto de una hostilidad aún más grave. En gran parte esto se debió a circunstancias externas. El empobrecimiento de Occidente significó la pérdida de mercados para los comerciantes sirios y los industriales egipcios. Constantes guerras con Persia interrumpían la ruta comercial que atravesaba el desierto hasta Antioquía y las ciudades del Líbano, y, poco después, la caída del Imperio abisinio y el caos en Arabia cerraron las rutas del mar Rojo, controladas por los marinos de Egipto y los dueños de caravanas de Petra, Transjordania y el sur de Palestina. Constantinopla fue convirtiéndose en el mercado principal del Imperio, y el comercio del lejano Oriente, fomentado por la diplomacia del emperador, buscó una ruta directa, septentrional y al otro lado, a través de las estepas del Asia central. Esto fue un rudo golpe para los ciudadanos de Alejandría y Antioquía, envidiosos ya de la ciudad advenediza, que amenazaba con eclipsarlas. Pero aún más amargaba a los sirios y egipcios el hecho de que el nuevo sistema de gobierno estuviese basado en la centralización. Los fueros y autonomías fueron rápidamente disminuidos, y el recaudador de impuestos era más severo y exigente que en los tiempos de la dominación romana. El descontento dio nuevas alas al nacionalismo en Oriente, que ya nunca quedaría latente durante mucho tiempo.

La lucha estalló abiertamente por cuestiones de religión. Los emperadores paganos habían sido tolerantes con los cultos locales. Los dioses particulares podían así fácilmente encajar en el panteón romano. Solamente los monoteístas obstinados, como los cristianos y los judíos, sufrieron alguna persecución ocasional. Pero los emperadores cristianos no podían ser tan tolerantes. El cristianismo es una religión exclusivista, y ellos deseaban utilizarlo como un medio unificador que ligara a todos sus súbditos al gobierno. El propio Constantino, algo confuso en cuestiones de teología, había procurado unificar la Iglesia, entonces desgarrada por la controversia arriana. Medio siglo después, Teodosio el Grande hizo de la conformidad una parte del programa imperial. Pero la conformidad no fue aceptada tan fácilmente. El Oriente se había entregado decididamente al cristianismo. Los griegos habían aplicado a sus problemas su afición a las polémicas sutiles, a las que agregaron los orientales helenizados una ardiente y apasionada vehemencia que pronto engendró intolerancia y odio. El tema principal de sus disputas era el de la naturaleza de Cristo, problema central y el más difícil en toda

la teología cristiana. La controversia era teológica; pero en esos tiempos incluso el hombre de la calle tenía interés por las disputas teológicas, que clasificaba como una diversión sólo superada por los juegos circenses. Pero había también otros aspectos. El sirio y el egipcio medios deseaban un ceremonial más sencillo que el de la Iglesia ortodoxa, con toda su pompa. Su lujo ofendía a su creciente pobreza. Además, consideraban a sus prelados y sacerdotes como agentes del gobierno de Constantinopla. Su alto clero, por envidia, se dejó llevar fácilmente a una hostilidad semejante. Los patriarcas de las antiguas sedes de Alejandría y Antioquía se enfurecieron al saber que su advenedizo hermano de Constantinopla gozaría del derecho de precedencia. Era inevitable que surgiera la herejía y que tomara la forma de un movimiento nacionalista y disolvente.

El arrianismo pronto se extinguió en Oriente, salvo en Abisinia; pero las herejías del siglo V fueron más resistentes. A principios del siglo, Nestorio, sirio de nacimiento y patriarca de Constantinopla, hizo pública una doctrina que ponía en duda la divinidad de Cristo. Los teólogos de la escuela de Antioquía se habían inclinado siempre hacia esa tendencia, y Nestorio encontró muchos secuaces en la Siria septentrional. Su doctrina fue condenada como herejía por el Concilio ecuménico de Éfeso en 431; a consecuencia de ello se separaron muchas congregaciones sirias. El nestorianismo, prohibido en el Imperio, estableció sus cuarteles generales en el territorio del rey de Persia, en Mesopotamia. Pronto fijó casi toda su atención en el trabajo misional en el lejano Oriente, en la India, en el Turkestán e incluso en China, pero en los siglos VI y VII aún tenía iglesias en Siria y en Egipto, cuyos feligreses eran, sobre todo, mercaderes dedicados al comercio con el lejano Oriente.

La controversia nestoriana dio origen a otra aún más dura. Los teólogos de Alejandría, entusiasmados por la doble victoria sobre las doctrinas de Antioquía y sobre un patriarca de Constantinopla, sobrepasaron los límites de la ortodoxia en dirección opuesta. Publicaron una doctrina que parecía implicar una negación de la humanidad de Cristo. Esta herejía se llama a veces eutiquianismo, por Eutiques, oscuro sacerdote, que fue el primero en proponerla. Más corrientemente se la conoce por el nombre de «monofisismo». En 451, el cuarto Concilio ecuménico, reunido en Calcedonia, condenó esta herejía, y los monofisitas, indignados, se separaron del cuerpo principal de la Cristiandad, arrastrando consigo a la mayoría de los cristianos de Egipto y a gran número de congregaciones de Siria. La Iglesia armenia, cuyos legados llegaron demasiado tarde a Calcedonia para participar en las discusiones, se negó a aceptar los acuerdos del Concilio y se colocó al lado de los monofisitas. Los emperadores posteriores buscaron sin cesar una fórmula conciliatoria para cerrar la brecha y que, avalada por un concilio ecuménico, hubiese podido ser aceptada como una nueva definición de la verdadera fe. Pero había dos factores en contra de ellos. Los herejes, en lo que a ellos atañía, no deseaban volver al redil, salvo si se admitían sus inaceptables condiciones, y la actitud de Roma y de la Iglesia occidental era terminantemente hostil al compromiso. El papa

León I, basándose en el punto de vista de que la definición del Credo era cuestión del sucesor de San Pedro y no de un concilio ecuménico, e impacientado con sutilezas dialécticas que no entendía, promulgó una declaración definitoria de la justa opinión del problema. Esta declaración, conocida en la historia por *Tomus* del papa León, aunque ignoraba las sutilezas de la polémica, fue aceptada por las autoridades del Concilio de Calcedonia como base para sus discusiones, y su fórmula fue incorporada a sus acuerdos. La fórmula del papa León estaba tallada con claridad y era cruda, sin admitir ni comentarios ni modificación alguna. Cualquier compromiso que fuese a apaciguar a los herejes implicaría su abandono y, en consecuencia, un cisma con Roma. Ningún emperador con intereses y ambiciones en Italia y en Occidente podría permitirse semejante lujo. Encerrado en este dilema, el gobierno imperial nunca desarrolló una política consistente. Vacilaba entre la persecución y el apaciguamiento de los herejes, pero éstos iban aumentando su fuerza en las provincias orientales, apoyados por el nacionalismo que resurgía en Oriente<sup>4</sup>.

Además de los monofisitas y los nestorianos había otra comunidad en las provincias orientales que se oponía constantemente al gobierno imperial: la de los judíos. Había judíos, en número considerable, establecidos en todas las grandes ciudades de Oriente. Se hallaban sometidos a cierta inhabilitación civil, y, en ocasiones, tanto ellos como sus bienes resultaban lesionados a causa de algún tumulto. Para resarcirse se aprovechaban de cualquier oportunidad para infligir daño a los cristianos. Sus recursos financieros y sus extensas y amplias relaciones los convertían en un peligro potencial para el gobierno<sup>5</sup>.

Durante el siglo VI la situación empeoró. Las guerras de Justiniano en Occidente fueron largas y costosas. Comprometieron su política religiosa y significaron un aumento en los impuestos y ninguna compensación en los asuntos de Oriente. Siria fue la que salió peor parada, porque, además de sus cargas fiscales, sufrió una serie de crueles incursiones de los ejércitos persas y varios terremotos desastrosos. Solamente los herejes florecían. Los monofisitas de Siria se organizaron como fuerza poderosa bajo la orientación de Jacobo Baradeo de Edesa, favorecido por la simpatía de la emperatriz Teodora. Su Iglesia se conoció desde entonces con el nombre de *jacobita*. Los monofisitas de Egipto, llamados ahora coptos, incluían a casi toda la población nativa. Los nestorianos, atrincherados libremente tras la frontera persa y expandiéndose rápidamente hacia el este, consolidaron su posición dentro del Imperio. Excepto en las ciudades de Palestina, los ortodoxos eran una minoría. Se les llamaba desdeñosamente *mel-*

<sup>4</sup> El mejor relato de la primitiva historia de las iglesias nestoriana y monofisita se halla en Vacant y Mangenot, *Dictionnaire de Théologie Catholique*, artículos «Nestorius», de Amann, y «Monophysitisme», de Jugie, y en los capítulos de Bardy, en el vol. IV, y de Bréhier, en los vols. IV y V, de la *Histoire de l'Eglise*, editada por Fliche y Martin.

<sup>5</sup> Para la legislación imperial, arbitraria, aunque no muy cruel, contra los judíos, véase Bury, *Later Roman Empire* (A. D., 395-565), vol. II, p. 366, y Kraus, *Studien zur byzantinisch-jüdischen Geschichten*, pp. 1-36.